

La educación y la renovación del saber en Benito Jerónimo Feijoo

JOSÉ LUIS PESET

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

UNA DE LAS MÁS NOTABLES innovaciones en la pedagogía y la medicina españolas es la educación de sordomudos. Iniciada por un beneditino en España en el siglo XVI, a fines del siglo XVII la tradición estaba más o menos perdida y la renovación pasa a otros países europeos. Como se ha recordado recientemente, Benito Jerónimo Feijoo alaba a Pedro Ponce de León en el *Teatro crítico*. En su empeño por defender las glorias de los españoles y, no menos, a su orden, recuerda los éxitos del clérigo siglos atrás. Los intereses en medicina, enseñanza y religión del Padre Maestro le mueven a interesarse por estas viejas novedades. Se lamenta del poco aprecio que se hace de las propias invenciones y del fracaso en utilizarlas, pues son los extranjeros los que de ellas se benefician. Recuerda la peculiaridad del sistema, en que se comienza por escribir y no por leer, lo que es usual en las demás educaciones.

Sin duda, el tema de los sordos de nacimiento era importante, pues a estos infelices se les consideraba poco más que animales. Eran enfermos y, lo que era peor, no podían llegar a la razón y, por medio de ésta, a la verdad revelada. Por tanto estaban condenados en ésta y en la otra vida. La sociedad no los admitía, los padres se avergonzaban de ellos y la legislación les negaba los más elementales derechos. Esto era en especial grave para las familias nobles, por lo que los primeros beneditinos se interesan en los hijos de gentes con títulos. Pero ya en el siglo XVIII las novedades llegan a la burguesía e incluso a los menes-

terosos. Los benedictinos se interesan, pero serán las escuelas pías y los jesuitas los que tomen la iniciativa en el futuro. También Godoy y la Sociedad Económica Matritense tomarán la delantera. Pero lo que ahora me interesa es ese interés que Feijoo muestra en el tema, en su afán por convertirse en el gran pedagogo del siglo. Porque, en efecto, en su discurso se junta el interés por la medicina, la enseñanza y la religión. Estos chicos dejarán de ser enfermos o parias, para ser personas capaces de entender el habla, el saber y la revelación¹.

Nuestro benedictino está en todo momento preocupado por la educación del pueblo. Y lo hace desde muy diversos frentes, por ejemplo las aulas en que enseñó durante lustros. Pero junto a esa educación latina que hacía de la moderna teología, él tiene un público mucho más extenso, al que pone al día de las novedades científicas del momento. Buen lector de revistas y tratados, en varias lenguas, se preocupó de poner en castellano los saberes asimilables. Si se ha señalado que Benito Jerónimo Feijoo crea el lenguaje literario, hay que insistir en que lo hace frente al barroco. Si Torres Villarroel es otro gran innovador también del lenguaje científico castellano, lo hace como heredero de Quevedo². Por el contrario, el benedictino es partidario de simplificar el discurso, como lo es en el campo de la enseñanza y de la medicina. Para enseñar quiere simplicidad y modernidad. Es evidente que la Universidad que se hereda es una institución muy compleja, en sus aulas se enseña en latín sobre los viejos mamotretos clásicos y, sin duda, las argumentaciones y respuestas eran barrocas. «Es el Sophisma derechamente opuesto al intento de la disputa. El fin de la disputa es aclarar la verdad, el del Sophisma obscurecerla: luego debiera desterrarse para siempre de la Aula, no solo como un huésped indigno, y violentamente intruso en ella, mas aun como un alevoso enemigo de la verdadera Sabiduría. Y qué diré de los Sophistas? Que seria razón los castigasen como á monederos falsos de la Dialéctica, ya que no con suplicio de sangre, pues no le admite la benignidad de la República Literaria, por lo menos con la afrenta pública del común desprecio»³.

¹ Susan PLANN, *A Silent Minority. Deaf Education in Spain, 1550-1835*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press, 1997.

² José Luis PESET, *Genio y desorden*, Valladolid, Cuatro Ediciones, 1999. Manuel María PÉREZ LÓPEZ, EMILIO MARTÍNEZ MATA (eds.), *Revisión de Torres Villarroel*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998.

³ Benito JERÓNIMO FEJOO, «Abusos de las disputas verbales», *Theatro critico universal*, nueva impresión, Madrid, Antonio Marín, 1765, t. VIII, págs. 1-13, cita en 9.

Es precisa una radical simplificación de la lógica tradicional. «Qué tiempo tan perdido! En dos pliegos puede comprehenderse quanto hay útil en las Sumulas». Las reglas lógicas se olvidan y ya no se usan en la disputa. Quizá sean útiles al principiante, pero al hombre maduro no se le escapa un silogismo bien construido, un ingenio perspicaz puede discurrir oportunamente sin estas reglas. Tan solo se consigue una pérdida de tiempo desenredando sofismas clásicos. Si la lógica natural no es buena, de nada sirve la artificial⁴, ni tampoco en la disputa el ardor, los dictérios, la falta de explicación, el negar o el afirmar sistemáticamente, o el argüir con sofismas. «Hunden la Aula á gritos, afligen todas sus junturas con violentas contorsiones, vomitan llamas por los ojos. Poco les falta para hacer pedazos Cathedra, y barandilla con los furiosos golpes de pies, y manos»⁵.

No se debe pensar que los sabios aciertan en todo, ni tampoco emplear su nombre como prueba cierta e indiscutible. Teme que se trate en esas disputas y argumentos de cavilaciones que no sirvan para la ciencia. «En aquellas Oficinas donde se fabrican los instrumentos de varias Artes Mecánicas, no se trabajan sino precisamente aquellos que tienen algún uso en ellas»⁶. Lo peor es la prolijidad en tratar todas las cuestiones, en especial en teología, menos en filosofía y medicina. Se exagera la explicación para tontos de forma silogística, en lugar de la sencillez de Santo Tomas⁷.

Las formas de enseñanza de la Universidad tradicional eran la «lectio» y la «disputatio». En la primera el profesor explicaba algún fragmento del clásico, mientras en la segunda se discutía sobre las propuestas de éste. Se hacía siempre en latín y en forma de silogismo y se perdía mucho tiempo en las discusiones y en vanas cuestiones. La modernidad de Feijoo consistía, por tanto, en distanciarse de los clásicos, introduciendo autores modernos, a la vez que llamaba en su

⁴ FEIJOO, «De lo que conviene quitar en las Sumulas», *Theatro critico universal*, t. VII, págs. 314-324, cita en 315.

⁵ FEIJOO, «Abusos de las disputas verbales», págs. 3-4.

También «Desenredo de sophismas», págs. 14-32 y «Argumentos de de autoridad», págs. 44-56. Eminencia de Newton, pág. 45, olvido de Avicena y Averroes siguiendo a Vives, consideración a Aristóteles, se deben «apurar las pruebas à ratiõne», pág. 56.

⁶ FEIJOO, «De lo que conviene quitar, y poner en la Logica, y Methaphysica», *Theatro critico*, t. VII, págs. 325-334, cita en 325, duda del interés de los universales, del ente de razón, mejor teología natural que la metafísica.

⁷ FEIJOO, «Dictado de las aulas», págs. 32-43, en especial 37-38.

auxilio al empirismo y al eclecticismo. Era una simplicidad científica, que se añadía a la docente y dialéctica. Según recordó Marañón, el Verulamio español —pues así era llamado el benedictino por Martín Martínez— recurre a la experimentación, la observación y a los instrumentos científicos⁸. El termómetro, para separar la sensación de frío de la realidad científica, el microscopio para «atisbar átomos», si bien afirmó no tener mucho tiempo. Realmente eran novedades importantes, pues su crítica al estudio del pulso y de la orina se sustituye por este interés en el termómetro. No es extraño en el «siglo de las fiebres».

En estas recetas se quedó, si bien afirma al principio del *Teatro* que quiere hacer un plan de estudios. Su fórmula se concretó en eficaces recetas, que todavía los redactores de los planes de los años setenta invocan, en especial en filosofía⁹. En ésta recomienda sencillez y atenerse a los sentidos, a la experiencia. Tiene miedo a la metafísica y a la abstracción, pues opina que se dicen cosas tan generales que, sin faltar a la verdad, nada añaden a lo sabido. Además, en lo que coincide con Mayans¹⁰, pide atenerse al verdadero Aristóteles, que tuvo muy en cuenta los conocimientos por la experiencia. Igual que para el estagirita, nada hay en la conciencia que no pase por los sentidos. También sigue a Descartes, cuando afirma que el alma se conoce por reflexión.

Quiere que los temas aristotélicos se hagan sencillos y breves, igual que recomienda para lógica, pero de todas formas, como sabio moderno, quiere que se olvide el movimiento general, en beneficio del local, y que las causas últimas se dejen en manos de Dios. Feijoo no va ni contra la religión ni contra el aristotelismo, tan sólo arrinconna a éste para dar paso a la ciencia, que era necesaria para la modernidad y no atentaba contra Dios. Por esto, se promueven dos caminos o dos estilos, que exigen la estrechez de la metafísica para dejar

⁸ Sobre la ciencia en Feijoo y su Newtonismo, véase Narciso PÉREZ, *El P. Feijóo y las ciencias naturales (Un capítulo de historia de la Ciencia española)*. Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en el Concurso ordinario de 1946, Madrid, Academia, 1948. Marañón recuerda que recomienda el estudio de la óptica a los médicos, en la tradición de Daza Chacón.

⁹ Mariano y José Luis PESET, *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Taurus, 1974.

¹⁰ Vicente PESET, *Gregori Mayans i la cultura de la il·lustració*, Barcelona, Valencia, Curial, Tres i Quatre, 1975.

paso a la ciencia moderna. Como ha señalado en estos días el profesor Sánchez Blanco, el miedo del beneditino se explica por el riesgo de materialismo que tiene la ciencia moderna. Por tanto pienso que inicia un camino de acuerdo entre razón y fe. Afirma que la razón puede ser un auxilio en el conocimiento —y en la demostración— de la divinidad, por tanto no le parece mal alguna intromisión del saber racional en la facultad teológica. Nos habla de una teología natural, que complementa sin negar la teología sagrada. Piensa que la luz natural del hombre debe ser auxilio para esa teología natural. Quizá es el viejo interés en el estudio de la naturaleza para encontrar a Dios, quizá la moderna introducción de la crítica en los estudios teológicos.

Pero por otro lado, también sabe que la vieja tradición de los dos caminos es necesaria para la enseñanza y, no menos, para la tranquilidad de la iglesia católica. La adecuada armonía no se romperá si la física advierte que Dios no es su objeto de destino, sino tan solo sus operaciones, no debiendo por tanto ocuparse ni del ser ni de las perfecciones absolutas. El objeto de la física es la materia singular, sensible e inteligible. «Creo, que generalmente se puede decir, que no hay conocimiento alguno en el hombre, el qual no sea mediata, ó inmediatamente deducido de la Experiencia». Hasta para el alma, puede afirmar: «Solo conocería por reflexión el sér de su alma, sus potencias, y operaciones espirituales». Nada hay en el entendimiento que antes no pase por los sentidos. «Todo Escolar lo sabe: *Nihil est in Intellectu, quin prius fuerit in Sensu*. Qué quiere decir esto, sino que el Entendimiento no tiene conocimiento alguno, que no sea experimental, ó deducido á lo menos por ilacion de la experiencia de los sentidos?»¹¹ Aristóteles está detrás con su defensa de la experiencia, si bien hay que limitar las causas y el movimiento a la eficiente y al local. Santo Tomas conoce a Dios por experiencia y los físicos el vacío por medio del experimento.

Hay que entenderse con los filósofos modernos, si bien sea para discutir con ellos. Estos modernos se acogen a un sistema y es muy difícil argumentar en las disputas. Con los experimentales que se atienen a la experiencia y no a los sistemas, no tiene problema. Son los verdaderos, no tienen complejas teorías, tan solo admiten las reglas del mecanismo. Además, han servido para desmontar la resistente arquitectura aristotélica. Los jesuitas han sido hábiles, escri-

¹¹ FEIJOO, «De lo que sobra, y falta en la Physica», t. VII, págs. 335-367, citas en 341.

biendo tratados que permiten la entrada de estas novedades, cita muchos libros de texto para el estudio, quizá los que más repercutieron acá fueron los de Dechales y Regnault. La iglesia ha hecho concesiones a Descartes, Gassendi y Maignan. Y es el camino a través de Jacquier, que será libro de texto en todas las universidades. Pero hay que ir con cuidado. «Todos tres Systemas concuerdan en excluir de los compuestos naturales (á la reserva sola de el hombre) toda Forma substancial, y accidental distinta de la Materia». Este es el verdadero peligro. «La Materia, de qualquiera modo que se sutilize, y se mueva, puede sentir los objetos, conocer lo que le es conveniente, y desconveniente; aborrecer estotro, y huirlo? Nadie me lo hará creer; y quien lo creyere, qué dificultad hallará en creer asimismo, que la Materia precisamente, en virtud de la disposición maquinial (que es el principio, que señala Descartes para todas las acciones de los Brutos) siente, y conoce?»¹². Esa «disposición maquinial» será el camino de entrada del moderno concepto de «organización», que ya no necesita del alma para explicar el principio vital de movimiento.

Otra de sus grandes preocupaciones es la mala enseñanza de la medicina, que se hacía también de forma compleja y sobre libros antiguos. Allá van los que fracasan en teología o jurisprudencia y tienen éxito, todos pueden ejercer como galenos. Trae para iniciar su análisis de la enseñanza médica, el dicho hipocrático sobre la brevedad de la vida, en comparación con la extensión de la sabiduría médica. Pero piensa que los seis años que se dedican —cuatro a teórica y dos a práctica— en una vida de sesenta, no son muchos. Sobre todo se pierden en disquisiciones inútiles y más en la facultad de artes donde se les entrena para la disputa, que es inútil pero se aprecia más el que sabe discutir que quien demuestra que ha estudiado la práctica en los mejores autores y observado con diligencia en el ejercicio de su Arte todo lo que se debe observar. Hipócrates no necesitó estudiar ni la lógica ni la metafísica de Aristóteles. Tampoco es necesario ninguno de los sistemas, así el corpuscular con los átomos de Gassendi, o los turbillones de la cartesiana

La dieta es la primera y principal parte de su medicina, pues era la menos nociva y, por tanto, la más recomendada por los hipocráticos. Considera dentro de esta tradición que hay que acomodar la cantidad y la calidad de los alimentos al temperamento del sujeto, si

¹² FENOO, «De lo que sobra, y falta en la Physica», págs. 354-355.

bien sobre esto tan sólo la experiencia nos puede ayudar. Las opiniones son también aquí demasiadas, luego debemos seguir a nuestros sentidos, en especial el gusto y el olfato. Estima que el temperamento depende de las sales alcalinas o de los ácidos, pero también de la constitución del año, del lugar, del ambiente. Con ello se alteran la humedad o la sequedad, la frialdad o el calor... pensando entonces en el uso de las «cualidades contrarias». Por tanto está Feijoo entre la modernidad de la química y la tradición de Hipócrates y Sydenham. «En la práctica es muy difícil, ó imposible averiguar el complejo de qualidades predominantes, así en nuestros cuerpos, como en los manjares, y mucho mas los grados de ellas».

Rebate la tradición que prefiere la carne al pescado, a las verduras y a las frutas¹³. Trae como prueba autores de todo tipo, clásicos como Plinio y Plutarco, modernos como Santorio o Lémery para defender los vegetales, a Giorgio Baglivi a favor del pescado. Se basa en la trituración del estómago que el moderno mecanicismo pone por delante de los procesos químicos. Es importante el gusto y la costumbre, evitar los excesos en gula y ayuno, tener en cuenta la necesidad. «En todo caso, ni en el estado de salud, ni en el de enfermedad se forceje jamás por introducir en el estomago lo que el paladar mira con positivo tedio». Recomienda más copiosa la comida y experiencia y sensatez para sueño, ejercicio y habitación, esmerarse en limpieza, ventilación y aguas limpias.

Las opiniones sobre el ambiente son diversas, así sobre Madrid. Él prefiere Asturias como Gaspar Casal. «El temple de Madrid es muy aplaudido en toda España, por razón de la pureza del ambiente, calificada con la prompta disipación de todos los malos olores, aún de los propios cadáveres: pues los de los perros, y gatos, dexados en las calles, se desecan, sin molestar a nadie con el hedor. [...] Como quiera que se filosofe (que esto de filosofar lo hace cada uno como quiere) el hecho es, que en Madrid no vive tanto la gente, como en algunos Países de ayre mas grueso, y nebuloso. Es cierto, que la población de Madrid es

¹³ José Luis PESET, «Terapéutica y medicina preventiva», en PEDRO LAÍN ENTRALGO, *Historia Universal de la Medicina*, t. V, Barcelona, Salvat, 1973, págs. 331-335; «¿Alimento, fármaco o veneno? Nota sobre el origen de la bromatología moderna española», en Agustín ALBARRACÍN, José María LÓPEZ PIÑERO, Luis S. GRANJEL (eds.), *Medicina e Historia*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1980, págs. 151-161; José Luis PESET y Manuel ALMELA, «Mesa y clase en el Siglo de Oro español: la alimentación en el *Quijote*», *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 14, 1975, págs. 245-259.

poco menos numerosa, que la de todo el Principado de Asturias. Con todo aseguro, que se hallarán en Asturias mas que duplicado el numero de octogenarios, nonagenarios, y centenarios, que en Madrid»⁴.

Contrapone la enseñanza universitaria con la actividad de otras instituciones, así ojeó la relación de los actos de la Regia Sociedad sevillana para 1734 y el presente 1735, donde «todos los asuntos son rigurosamente prácticos, y ordenados inmediatamente á la curación de varias enfermedades». Es miembro honorario. Se ha constituido la Academia Médica Matritense por real privilegio de 13 septiembre 1734, presidida por Joseph Cervi. Consta de varias facultades, con tres clases (número, ejercicio y honor), son en total 96. Sus fines son el provecho de la medicina y la cirugía, por el camino de la observación y la experiencia, apoyados en la física mecánica, la química y la historia natural. Si hasta los franceses hablan bien de los españoles, el rey español debe proteger como el francés la academia. «Yá está descubierto el rumbo, por donde se debe navegar á las Indias de tan noble Facultad, que es el de la OBSERVACIÓN, y EXPERIENCIA»⁵.

También para la medicina quiere una instrucción sencilla y breve, pues contrapone la medicina útil a la medicina curiosa. Las vaguedades y generalidades para nada sirven al médico. Esas complejas disquisiciones galénicas sobre partes similares y disimilares, seguidas por el estudio de las facultades de todas ellas, a nada conducen. Quiere un curso sencillo, sin duda inspirado en las *Institutiones* de H. Boerhaave, que al decir de Pedro Laín Entralgo desterraron a Galeno de las aulas universitarias. Quiere una primera parte, en que se estudien las partes sólidas y líquidas, seguido de la explicación de su uso y acción. En la segunda, se deben presentar las enfermedades de los sólidos y los líquidos, mostrando sus señales, pronósticos y remedios⁶.

Gregorio Marañón recoge dos frases del benedictino, que muestran muy bien sus intenciones, que serán las mismas que guiarán a los reformadores de las aulas en la segunda mitad del siglo. Junto a la enseñanza teórica se debía promocionar la práctica y ésta se con-

⁴ FEJOO, «Regimen para conservar la salud», t. I, págs. 167-203, citas en 172, 179 y 189. Discute esas ventajas de Madrid el médico y científico mecanicista francés François Bayle.

⁵ FEJOO, «De lo que sobra, y falta en la Enseñanza de la Medicina», t. VII, págs. 367-378, citas en 376-377.

⁶ Mariano y José Luis PESET, «Política y saberes en la Universidad ilustrada», *Actas del Congreso Internacional Carlos III y la Ilustración*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1989, t. III, Educación y Pensamiento, págs. 31-135.

seguirá con la enseñanza de la medicina a la cabeza de los enfermos. Es algo que se hacía en las escuelas clásicas, en las que los alumnos seguían a sus profesores en sus visitas. Pero en la Universidad se había perdido esta costumbre, pues no tenían instalaciones. Sí es verdad que viejos estatutos obligaban a ir a un hospital y el examen del Protomedicato exigía estos conocimientos prácticos¹⁷. Pero el futuro serán las cátedras y los estudios de clínica médica, en donde se pueda asistir a la enseñanza práctica.

Nos habla en las frases que tanto gustaron a Marañón de que la visita al enfermo es necesaria y de que las aulas no bastan. «¿Qué se oye en las aulas que no esté en los libros y que no se halle por lo común mejor escrito y explicado en éstos?» Y no sólo se aprende en los libros, pues la naturaleza enseña en el mismo paciente. «De mí puedo asegurar que habiendo ido a ver a muchísimos enfermos de cuyo estado se me había hecho relación escrita, varié, en todo o en parte, el concepto que había hecho por la antecedente noticia»¹⁸. Sus grandes fuentes según Marañón, son los grandes clínicos. Hipócrates que es considerado el apóstol de la enseñanza clínica, Boerhaave¹⁹ que destierra los textos de Galeno. Su clínica de Leiden y las de sus discípulos eran mecas donde aprender medicina. Y cita a otros grandes clínicos, al ya viejo Francisco Valles o a los nuevos Giorgio Baglivi y Gaspar Casal²⁰.

También lo seguían haciendo los cirujanos, que tenían como enseñanza las cátedras, el libro, el maestro, las visitas privadas con éste y las salas del hospital. También el teatro anatómico será lugar privilegiado de su aprendizaje, sea en las universidades, en los hospitales o incluso en algunas academias²¹. Feijoo se interesará en la cirugía, que

¹⁷ Miguel Eugenio Muñoz, *Recopilación de las leyes, pragmáticas reales, decretos, y acuerdos del Real Proto-Medicato hecha por encargo, y dirección del mismo Real Tribunal*, Valencia, Viuda de Antonio Bordazar, 1751.

¹⁸ Gregorio MARAÑÓN, *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, 2.ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1941, sobre medicina págs. 106-122, sobre Martínez págs. 123-130, sobre Casal págs. 131-137, frases citadas en 104-105.

¹⁹ La más tardía y cuidada edición es la de Juan Bautista Soldevilla, véase Hermann BOERHAAVE, *Institutiones medicae. Aphorismi de cognoscendis, et curandis morbis*, Madrid, Ex Typographia Villalpandea, 4 vols., 1796-1801.

²⁰ Pedro LAÍN ENTRALGO, *La medicina hipocrática*, Madrid, Revista de Occidente, 1970.

²¹ Sobre la Academia Médica Matritense, véase Nicasio MARISCAL GARCÍA, «Historia General de la Academia Nacional de Medicina», en *Academia Nacional de Medicina 1734-1934. Publicaciones conmemorativas del segundo centenario de su fundación. Conferencias*, Madrid, Imprenta de J. Cosano, 1936, págs. 379-444.

está adquiriendo una alta categoría científica y profesional. En otros países europeos se ha conseguido que los cirujanos tengan instalaciones y enseñanza adecuadas y aquí se quiere lo mismo. Se está logrando con los teatros anatómicos del Santa Cruz y San Pablo de Barcelona y también del General de Madrid, donde pronto brillará Martín Martínez²². Feijoo conoce las novedades de la cirugía francesa y quiere que se imite, como de hecho se hará, pues se sigue junto a la inglesa. Es interesante recordar al cirujano francés Juan d'Elgar, quien disecó un corazón de carnero en la comunidad. El benedictino peleó para conseguir que se le diera un puesto en Oviedo y mostrará un esperanzado optimismo acerca de las autopsias. Fue una de las muchas peleas con los médicos de Oviedo, a los que discutía su saber y arrebatava sus enfermos.

Uno de los primeros artículos del *Teatro crítico* es el titulado «Medicina», quizá como señaló Sánchez-Blanco en defensa de los médicos modernos y de sus problemas con la Inquisición. Insiste en la prepotencia de la medicina tradicional, que lleva a excesos de los médicos y en los medicamentos. Es preciso un sano escepticismo, como el que han practicado los grandes médicos y trae a muchos en su socorro²³. Muchos han dudado de la certeza médica y otros como Vesalio han tenido fracasos en sus prácticas. Cita a grandes clínicos como Etmüller, Sydenham y Baglivi. Desde luego Martín Martínez es citado de forma destacada.

Nos recuerda la doble naturaleza de Quirón, como hará hoy Pietro Citati. Detengámonos por un momento. La medicina es un saber complejo, pues hace referencia al hombre entero, al cuerpo y a la mente. Por tanto, en un médico o en un clérigo era fácil hacer alusión a esta doble tarea de atender al cuerpo y al alma. El ser humano —y la misma medicina— está a caballo como Quirón entre dos «sustancias», una material y otra espiritual, y entre dos profesiones, que el benedictino apreciaba en extremo, la religión y la medicina. «Todo

²² ALVAR MARTÍNEZ VIDAL, JOSÉ PARDO TOMÁS, «El primitivo teatro anatómico de Barcelona», *Medicina e Historia. Revista de Estudios Históricos de las Ciencias Médicas*, n.º 65, 1996 (Tercera época). JOSÉ PARDO TOMÁS, ALVAR MARTÍNEZ VIDAL, «Los orígenes del teatro anatómico de Madrid (1689-1728)», *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 49-1, 1997, págs. 5-38.

²³ EZEQUIEL DE OLASO, «El «escepticismo filosófico» de Feijóo y la medicina. Nuevas indagaciones sobre la tipología del escepticismo moderno», *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 28, 1976, págs. 291-299.

recuerda a Epidauro, afirma Citati en sus comentarios a Marcel Proust, la medicina griega y el culto a Esculapio. En la enfermedad nos damos cuenta —dice Proust— de que, entrando en contacto con nuestro cuerpo, nos hundimos en un mundo inmensamente más arcaico que el de nuestro espíritu; el cuerpo se encadena a un reino diferente: nos separan abismos; no nos conoce, y es absolutamente imposible hacerse comprender por él. La enfermedad es Pitón, el monstruo primigenio, hijo de la Tierra. Apolo curador no usa entonces hacia la abuela su sabiduría luminosa, que Eurípides había opuesto, en un coro de *Ifigenia en Táuride*, a la clarividencia tenebrosa de la Tierra. La sabiduría de Apolo curador es ctonia: nada excluye que la haya tomado de Pitón. Para vencer la fiebre de la abuela, Apolo usa la quinina: contemporáneo de las «razas desaparecidas», anterior al reino de las plantas, anterior a la creación del hombre pensante, la quinina conoce el cuerpo humano, que es más joven que ella, pertenece al mismo reino, y puede dominarlo. Así tiene lugar en el cuerpo de la abuela «la batalla prehistórica». En un momento «pitón resulta aplastado» por la quinina prehistórica»²⁴.

Las peleas somáticas, en medicina se acompañan por las galénicas. Señala las peleas médicas, que han llevado a identificar la medicina con Marte. El divino Hipócrates es discutido por Alclepiades, por Galeno y por los árabes. Luego viene la ciencia moderna, así la química con Paracelso y con van Helmont; la anatomía con Silvio y con Willis; la matemática y la mecánica con Sanctorio. Pero es con el empirismo cuando empieza la renovación, así con Bacon. El es considerado el Verulamio español, porque afirma que la base del conocimiento está en la experiencia y el respeto a la naturaleza, en Hipócrates de nuevo. El inglés «hizo tomar a los médicos más advertidos otro rumbo, que fue buscar la naturaleza en sí misma, fiándose a la experiencia sola»²⁵. Giorgio Baglivi es citado con veneración. En el día están los hipocráticos, los galénicos, los químicos y los experimentales puros, estando de baja los paracelsistas y helmontianos²⁶. Arremete contra el aforismo 52

²⁴ Pietro CITATI, *La paloma apuñalada. Proust y la recherche*, Santa Fe de Bogotá, Editorial Norma, 1998, pág. 390, trad. Guillerino Piro.

²⁵ FEIJOO, «Medicina», *Teatro crítico universal*, 3 vols., prólogo Agustín Millares Carlo, 6.ª Ed., Madrid, Espasa Calpe, 1975, t. I, págs. 107-155, véanse 120 y 124.

²⁶ Usan todos y discuten la «Praxis medica cum theorica» de Lázaro Riberio editada en París en 1640-1647, que es «la absoluta norma de los médicos ordinarios», afirma en «Medicina», p. 123. Se refiere a Lazare Rivière (1589-1655), médico de Montpellier en cuya escuela introduce

del libro segundo de Hipócrates, que pretende que cuando el médico actúa según razón, no ha de variar sino insistir en su actitud. Lo llama el «aphorismo exterminador», pues va en contra de la naturaleza. «Qué dicta aquí la luz natural? Que se mude de rumbo, ó se dexé la cura por cuenta de la naturaleza»²⁷.

Discute los principios fundamentales del galenismo, así la curación por contrarios. Es obvio que la curación es la expulsión de la enfermedad, pero esta acción evidente la ejecuta la naturaleza. Además curan también los similares y las cualidades no son doctrinas tan claras, sean las sensibles o las ocultas. La sangría y la purga son peligrosas, aquélla es para Martínez más nociva que la artillería. Las opiniones se dividen, pueden eliminar elementos útiles y la naturaleza es suficiente. Igualmente discute el interés de los medicamentos costosos y caros, así como la polifarmacia galénica. Los sabios como Baglivi y Sydenham quieren pocos —y específicos, podemos añadir— solo el vulgo y quien abusa de él piden tantos. «Los remedios costosos y caros son del gusto de muchos médicos y del de todos los boticarios»²⁸. Sin embargo, sigue admitiendo algunos como la quina y el mercurio.

Feijoo también enseñará la forma de elegir médico. Su enseñanza es aquí compleja, pues tanto hace referencia a la formación del médico, como a la manera en que el cliente saldrá mejor librado de su elección. Desde siempre se enseñaba a los médicos cómo actuar frente al paciente. El juramento hipocrático contiene formas de comportamiento, y los clínicos siempre instruían en este sentido a sus alumnos. Más tarde estas instrucciones se combinarán con la ética y con la religión, con el derecho y con los gremios o colegios, para formar códigos de conducta que permitiesen a los médicos conseguir clientes y mejorar la asistencia y a éstos su elección del galeno y su pronta cura.

Las normas que Feijoo propone, son las del aficionado a la medicina, pero también las del clérigo cristiano. El médico debe, por tanto, ser buen católico, es la primera norma. La segunda, ser juicioso y de temperamento no ígneo. La tercera «que no sea jactancioso en os-

los principios de Paracelso. Fueron muy utilizadas sus *Institutiones medicae* (Leipzig 1655) y su *Praxis medica* (París 1640). August Hirsch (dir.), *Biographisches Lexicon*, München, Berlin, Urban & Schwarzenberg, t. IV, facsimil 1962, pág. 830.

²⁷ FEJOO, «El aphorismo exterminador», t. V, págs. 191-199, cita en 192.

²⁸ FEJOO, «Medicina», pág. 140, ver 144.

tentar el poder y la seguridad de su arte». La cuarta «que no sea adicto a sistema alguno filosófico, de modo que regle por el de la práctica». El quinto, «que no sea acumulador de remedios». El buen trato era algo siempre prescrito en las normas hipocráticas y la prudencia y simplicidad del tratamiento estaban en el viejo espíritu del clásico. También lo estaba la insistencia en la observación y el cuidado del pronóstico, base del prestigio médico. Era el sexto precepto «que observe y se informe exactamente de las señales de las enfermedades, que son muchas y se toman de muy variadas fuentes». Duda del pulso y de la orina. En fin, la séptima es el acierto en el futuro del enfermo. «El que tiene acierto en pronosticar es cierto que conoce el estado presente de la enfermedad, pues sólo por lo que hay ahora se puede conocer lo que ha de suceder después»²⁹. Además, es importante para la administración de los sacramentos, en especial de los que preparan para la muerte.

Se trata de un género muy frecuente y de éxito. Desde fines de la edad media los reyes ordenan que los médicos avisen al sacerdote en caso de muerte, pues cuidar del alma era preceptiva obligada para el médico cristiano³⁰. Por eso, en el frecuente libro del franciscano Antonio Arbiol se dan —al igual que en Feijoo— señales de cómo conocer la proximidad de la muerte. También se interesa el franciscano por los testamentos y la atención a los condenados a muerte, en un férreo, pero discreto control de las postrimerías del hombre. «Digan siempre, que el Médico lo dice assi», es preciso que el clérigo «escuse el hacer visages». Los signos a vigilar son calor, sueño, facies, aliento, temblor, pulso, sudor, respiración... que él conoce y aprende de otros autores. Él añade la fiebre con delirios, así como la inflamación de entrañas con respiración violenta.

Feijoo también se interesará por las señales que muestran la muerte. Lo hará con un gran conocimiento médico y teológico, introduciendo novedades, pues quiere que aparte de llamar prestamente al sacerdote, éste administre con frecuencia la absolución de forma condicional, pensando de esta forma salvar muchas almas. No cree que sean señales ciertas de muerte la falta de respiración, de sentido ni de movimiento. Cita muchos ejemplos, así la histeria femenina tomada del curso filosófico de François Bayle. Considera el frío como

²⁹ FEIJOO, «Medicina», págs. 152-155.

³⁰ PEDRO LAÍN ENTRALCO, *La relación médico-enfermo*, Madrid, Revista de Occidente, 1964.

prueba más evidente de muerte. «Muchas veces se puede también arriesgar la vida eterna. Luego que se vé á alguno acometido de un accidente imprevisto, en que se juzga lidiar con las ultimas agonías, se llama corriendo à un Sacerdote, que le absuelva. Llega éste, y le halla sin respiración, sin color, sin movimiento. Lo que hace es volverse sin darle la absolución, porque le juzga muerto. Con que si no vuelve del accidente, y éste no le cogió en estado de gracia, ni con otro dolor de sus pecados, que el de atrición, perece para siempre aquel miserable, el qual pudiera salvarse si fuese absuelto, como pudiera serlo debaxo de condición»³¹.

Sin duda la muerte interesa, pero también su cortejo. El sueño y el miedo, la persuasión y la confesión son temas clericales, no sólo médicos. Porque la enfermedad es el camino del más allá, son los últimos y dudosos pasos del ser humano. La razón lucha con el cuerpo, contra el pecado y el diablo. «En las Crónicas de N. P. Santo Domingo se refiere un caso raro de un Religioso, que al tiempo de morir dixo tantas, y tan horrendas heregías, que no se atrevieron à darle sepultura Eclesiastica, sino que le enterraron en la Cavalleriza. Pero de alli à pocos dias se apareció glorioso al Prior, en presencia de otros Religiosos, y le dixo, que sacasse su cuerpo de aquel lugar indigno, y lo enterrassen en la Iglesia, porque cuando en su delirio decía tantas heregías, al mismo tiempo estava su alma diciendo alabanzas divinas»³². Sin duda, la muerte se encuentra entre la religión y la medicina, es una doble construcción entre el médico y el clérigo, por tanto los delirios aparecen tanto como enfermedad que como herejía, es una metáfora la idea de delirio, sirve como creencia para condenar y como enfermedad para salvar.

³¹ FEIJOO, «Señales de muerte actual», *Theatro critico universal*, t. v, págs. 161-190, cita en 162.

³² ANTONIO ARBIOL, *Visita de enfermos, y exercicio santo de ayudar a bien morir, con las instrucciones mas importantes, para tan Sagrado Ministerio*, Barcelona, Imprenta de Maria Angela Marti Viuda, 4.ª ed., págs. 90-92, citas en ésta y en 253. Feijoo también se ocupa de estos temas en «Importancia de la ciencia physica para lo moral», *Theatro critico universal*, en tomo VIII, págs. 362-416, véase 365-366.